

LA cuestión de las entrevistas Carter-Sadat-Begin, en el secreto bien guardado de Camp David, no es tanto lo que se traduce de regateo, de negociación, de durezas o de concesiones, sino su carácter enteramente unilateral. No puede ser de otro modo desde que se sabe que Israel y Estados Unidos no hacen más que coludir en este tema, a pesar de las apariencias de puntos de vista distintos y de presiones o rechazos; y que Egipto no representa de ninguna manera a los palestinos. Desde un punto de vista moral y de derechos humanos —una violación muy superior a la que se realiza en países más atacados por ella—, la cuestión palestina es la base del problema. Pero lo que se debate en realidad, es otra cuestión: petróleo, seguridad en el Mediterráneo, irradiación de la URSS de esa zona, cabeza de África, canal de Suez, revolucionarismo árabe, etcétera. En todos estos casos, Carter, Begin y Sadat representan los mismos intereses.

La representación de Camp David está hecha a la manera clásica de los autos sacramentales. Carter es una especie de gran dios, que escucha el diálogo de sus dos criaturas, Begin y Sadat. Sadat habla en términos de gran nación árabe, de derechos inalienables; de personas desposeídas de sus tierras; Begin, en el de un pequeño aguerido pueblo que encontró después de dos mil años el camino de regreso a su tierra de promisión y quiere permanecer en ella



Carter es una especie de gran dios, que escucha el diálogo de sus dos criaturas: Begin y Sadat.

Carter-Begin-Sadat

EL AUTO SACRAMENTAL DE CAMP DAVID

en condiciones de seguridad. Sadat no puede regresar a su país como un perdedor, ni puede aceptar en este litigio más pactos que aquellos que no puedan ser desbaratados: necesita conservar una fachada. Lo mismo le pasa a Begin. Y las montañas de Maryland son un olimpo guardado por millares de "marines" y por el radar, las alarmas, la Policía, la electricidad.

Y guardado por el silencio. Una cosa es lo que dicen los directores del mundo, o de una zona del mundo, cuando se les oye, y otra es la que cuchichean cuando están asegurados de que nadie les va a oír. Probablemente, ninguno tiene nada nuevo que decir en esta cuestión de la paz en Oriente Medio; pero pueden decir aquello que no se atrevían. Puede ser útil.

En este auto sacramental, Carter aparece como árbitro y mediador, en un papel cuidadosamente preparado. Pero no se puede evitar su condición de gran dios, y se sabe que las decisiones que salgan son las que él decida. Lo que ocurre es que el auto sacramental no termina aquí. Hay otros personajes. Y hay un público, hay una crítica. Hay, finalmente, una

Los sindicatos, con Giscard

MALESTAR EN LA POLICIA FRANCESA

PORQUE el 13 de mayo de 1958 una manifestación callejera de la Policía parisina desfiló delante de la Asamblea Nacional y dos meses después pereció la IV República (debido al golpe militar alentado por el general De Gaulle), hay desde entonces temores legendarios de caídas de Gobiernos o de destitución de Presidentes cada vez que los llamados agentes del orden se rebelan.

Otras veces protestaron después los policías, sin que se produjeran catástrofes políticas: el 6 de noviembre de 1967 lo hicieron (también delante del Parlamento) para llamar la atención sobre el malestar del Cuerpo; reincidieron el 4 de mayo de 1971, esta vez para congraciarse con una opinión pública hostil: organizaron una "jornada de diálogo", tratando de convencer a los habitantes de la capital "que la tarea de la Policía consiste en proteger a los ciudadanos y no en asegurar la tranquilidad de los Gobiernos". En fin, el 10 de septiembre de 1974, 10.000 gendarmes se dirigieron a la sede de su federación, en lucha por un nuevo Estatuto y mejores condiciones de trabajo.

Ahora, los policías andan de nuevo soliviantados. La razón

inmediata es la muerte de uno de ellos a principios de mes por los "diplomáticos de P-38", de la Embajada de Irak, cuando un militante palestino intentó tomar el local. Este motivo trágico ha hecho aflorar muchos otros que estaban soterrados. Por ejemplo, la política oficial de lucha contra el terrorismo de frente. La Policía piensa que sus agentes no están suficientemente preparados para afrontar a los viticultores iracundos (policías muertos en Montredon), ni a los nacionalistas decididos y armados (más bajas en Aleria y en Bastia) y mucho menos a los cientos de grupos revolucionarios, irredentistas, derechistas, fascistas, por no hablar, ya hablaremos, de las policías paralelas (dos CRS menos en Orly). Hasta ahora, en estos casos, interviene la Brigada Anticomando (BAC), mal estructurada al no ser permanente. Los policías reclaman una formación completa para sus miembros destinados a jugarse la vida, especialmente conocer la psicología del grupo con el que deben vérselas, sus métodos de ataque, su armamento, etcétera.

Al Elíseo, a exponer sus quejas a Giscard d'Estaing, han ido los representantes de los sindicatos de todos los cuerpos policiales. Ya antes habían realizado los sindicatos su labor didáctica y ataráxica, facilitándole así la labor al Presidente. Porque después de la muerte del inspector Jacques Capela por los "diplomáticos" iraquíes, la ira de una parte de la Policía —aguñonada por los elementos fascistas y parapoliciales— había llegado a una cima peligrosa. Y así, en Francia como en otros países, hay siempre hombres "fuertes" dispuestos a pescar en ríos revueltos. Aquí el abanderado del orden es Jacques Chirac. Su campaña electoral se basó en la

realidad y cualquier teología debe hacerse a partir de la realidad, y no al revés, aunque casi siempre se intente esta forma contraria. Carter, Begin y Sadat no pueden inventarse una teología para imponerla por la fuerza, porque hay otra fuerza. La de los propios palestinos, que tienen su rudísimo lenguaje de desesperados y de condenados al exterminio, como pieles rojas de nuestro tiempo; y hoy no es tan fácil encontrar un general Custer. La de otros países árabes. Y la de la Unión Soviética. Es evidente que la Unión Soviética es una intrusa en esa zona; pero no es menos evidente que lo son los Estados Unidos. Si los

dos países se retrajeran y abandonaran la zona, es posible que Israel dejase de existir, y también es posible que dejase de existir el feudalismo y la opresión de los regímenes tiránicos y feudales. La importancia estratégica del lugar, su trascendencia económica y su implicación en todos los problemas del mundo pasan, desgraciadamente, por Moscú y Washington. Todo lo que no salga de ahí será inválido. La conferencia de Camp David servirá para presentar unos resultados a Moscú, a los países árabes, al mundo que vive del petróleo: no puede ser decisiva. El auto sacramental tiene otras vertientes. ■



necesidad de la seguridad y de la existencia de una Policía severa. El año pasado el alcalde de París llegó a más: creó un cuerpo especial de vigilantes nocturnos, independientes del prefecto de Policía. Los Sindicatos de Policía consideraron esta operación como la "creación de una Policía paralela".

No se crea que esta denuncia obedece a razones corporatistas o "poujadistas" (temor a una competencia desleal), no: la Policía francesa, como todos los cuerpos sociales, está impregnada por la moral y la ideología del resto de la nación. Sin ir más lejos, en el último congreso del Sindicato de Inspectores de Policía, celebrado en el mes de mayo pasado, en Montpellier, se dijeron cosas como ésta: "No basta con vencer al terrorismo, hay que buscar sus causas. Si se respetase la ley democrática, las Policías privadas no harían lo que les da la gana, y Pierre Overnay (1) estaría todavía vivo. Si la industrialización se desarrollase pensando en los hombres, ningún equilibrio regional hubiese acabado con la paciencia de los bretones o de los corsos. Si los contaminadores criminales e impunes no ensuciaran nuestra atmósfera, nuestros ríos, nuestras costas como lo hacen, nuestros ciudadanos tal vez desconflarían menos de la energía nuclear y los edificios de las centrales eléctricas probablemente no serían objetivos para los terroristas. Debemos preguntarnos, pues —concluyó la delegada de "Ile de France", autora de este informe—, si el empleo del terrorismo no equivale a la irrupción de un mal que sólo se da dentro del marco de un mal funcionamiento del sistema democrático". ■ RAMON CHAO.

(1) Militante maoísta muerto de un balazo por un policía privado de Renault cuando repartía octavillas delante de la fábrica.

Gran Bretaña

LOS LABORISTAS NO CONVOCAN ELECCIONES

EN Gran Bretaña las elecciones se suelen celebrar por uno de estos tres motivos: el término de la legislatura, la pérdida irreparable de votaciones de confianza por el Gobierno o la convocatoria anticipada cuando el partido en el poder cree que es su mejor momento electoral o, por lo menos, que es menos malo que lo que podría ser cuando llegase el plazo legal. Esta última fórmula se utiliza muy frecuentemente. Se creía que el primer ministro Callaghan, jefe del partido laborista, iba a anunciar ahora la disolución del Parlamento y la convocatoria de elecciones para octubre o noviembre. Ha anunciado, por el contrario, que no habrá elecciones, en medio de una gran sorpresa, y contra todas las profecías. Se analizan las razones, y en realidad, no puede haber más que una: Callaghan ha creído que podría no ganar. El partido tiene dos precedentes: las elecciones convocadas y perdidas por Attlee, 1951, y Wilson, 1970.

Sin embargo, habla algunas razones para que se convocaran elecciones, y en ese sentido iban las profecías. Los laboristas se han quedado prácticamente en minoría en la Cámara de los Comunes. Las últimas elecciones (1974) les dieron 319 escaños (sobre un total de 635). Una mayoría mínima, pero apoyada en el pacto con el Partido Liberal (acuerdo laboristas-liberales, o "Lib-lab"). Han perdido su mayoría en las elecciones parciales, y se ha roto el pacto con los liberales. Mientras, ha crecido la agresividad de los conservadores, dirigidos por la aguerrida y feroz Miss Thatcher. Esto significa que puede ser derrotado el Gobierno en las votaciones sobre temas de importancia y que, teóricamente, no podría gobernar. Lógicamente, tendría que afrontar votaciones de confianza que le fuera adversas, y precipitarse a unas elecciones generales no deseadas en el peor momento. Lógicamente, también, debería haber elegido precisamente este momento para pedir la disolu-

ción del Parlamento y ver la posibilidad de reforzar su mayoría en las urnas.

Pero tiene miedo. El pacto social con las Trade Unions, que son la base del laborismo, obliga a mantener los salarios en nivel relativamente bajo: el ala radical del partido está descontenta. Hacer una campaña electoral de aquí a octubre o noviembre sin prometer elevaciones de salarios sería suicida: si los promete, el capital y las clases medias se asustan y votan a los conservadores. La separación de los liberales puede hacerle perder votos también. Y la alegría furiosa de Miss Thatcher ante la sospecha de elecciones le ha hecho sospechar que podría pasarle lo peor.

La Thatcher, que denuncia el Gobierno de "las espaldas rotas", se pregunta cómo va a poder gobernar Callaghan sin mayoría parlamentaria, y se responde que buscando alianzas ocasionales: viviendo al día. Estas alianzas puede obtenerlas de los nacionalistas escoceses, que tienen once escaños; de los gales que tienen tres o de los unionistas del Ulster que tienen siete. Incluso de los liberales, en algunos momentos. Los conservadores denuncian que estos partidos tienen propósitos muy diferentes entre sí, y con respecto a los laboristas. Todo esto es verdad: y es verdad, también, que Callaghan no tiene otra solución. Y, así, esperar tiempos mejores. Concediendo administraciones autonómicas o buscando el anticonservadurismo para gobernar. En precario. Esto no es nuevo: la división casi en mitades exactas del electorado británico obliga a los Gobiernos a estas formas de equilibrio.

Pero el anuncio ha sorprendido agradablemente en la Bolsa: ha subido. Es la garantía de que el Gobierno contendrá a los sindicatos y a las huelgas, como no podrían hacerlo los conservadores. Y quizá esa sea la razón de que mister Callaghan vaya a poderse mantener en el Gobierno. ■